

Palabras pronunciadas por Guillermo Jaim Etcheverry en el acto de asunción del rectorado de la Universidad de Buenos Aires el 7 de mayo de 2002

En circunstancias dramáticas para la Argentina, esta renovación de autoridades en la Universidad de Buenos Aires es una señal esperanzadora. Reafirma la confianza de nuestra comunidad universitaria en valores esenciales para la reconstrucción del país: la continuidad de las instituciones, la participación democrática, el interés por lo público, el privilegio que representa el poder seguir contando con ámbitos para debatir ideas. Por eso, la universidad argentina es hoy una de las pocas instituciones que puede brindar reparos firmes a los ciudadanos dispuestos a colaborar en la difícil y dolorosa tarea que enfrentamos.

Porque de lo que se trata es de emprender la epopeya de construir al mismo tiempo que, a nuestro alrededor, todo parece derrumbarse. De salvar del desastre los materiales más nobles, para usarlos en esa edificación que deberemos levantar al mismo tiempo que se generan las ruinas. Esta tarea de reinención sólo será posible con el esfuerzo común. En la universidad quedan aún muchos de esos materiales nobles para la sociedad. Están, nada menos, que los jóvenes y sus maestros.

Por eso, el análisis apasionado y muchas veces crítico de la realidad universitaria actual, no debe hacernos perder de vista lo que hemos logrado preservar, que no es poco. Lo mucho que construimos al cabo de estas dos últimas décadas de vida académica. Como lo ha señalado el rector saliente, el progreso ha sido muy significativo.

Cuando hace algunas semanas la Asamblea Universitaria en la que fui elegido me honró invitándome a hablar a sus integrantes, formulé algunas precisiones acerca de mi pensamiento sobre diversas cuestiones, reflexioné sobre el pasado y hablé sobre el futuro. Entre otras cosas, dije que “hoy es tarea imprescindible politizar aún más a la universidad, entendiendo por eso profundizar su compromiso en el aporte de ideas, orientación y guía a la sociedad que la sostiene. Pero también resulta imperioso despartidizarla aceleradamente. Volver a hacerla pública y no una presa de intereses privados.” Coincidiendo con Juan Carlos Tedesco, destacué que “la universidad debe formar dirigentes con conocimientos de calidad, con responsabilidad y, sobre todo, con una fuerte conciencia ética.” Para esto, basta con el ejemplo, que no siempre dimos en el pasado. Hoy nuestro compromiso es dar ese testimonio. Destaqué, en suma, que el objetivo fundamental es poder concertar los mejores esfuerzos de los integrantes de los órganos de gobierno de la universidad para transitar los difíciles momentos que anticipamos en el horizonte.

Como no consideré oportuno regresar sobre esas mismas cuestiones, no me resultó tarea sencilla el decidir el sentido de las palabras que pronunciaría en esta circunstancia. Repasé la historia apasionante de nuestra universidad, releí discursos de mis antecesores. Deseché enunciar propósitos, formular promesas, alentar expectativas. Las que se han generado en los más diversos sectores sociales en torno a esta instancia de cambio, si bien desmedidas, señalan la auspiciosa confianza de nuestra sociedad en su universidad. Es bueno que se mire con esperanza lo que aquí sucede, que se confíe en el poder fundante de la cultura. Por fin, me decidí a utilizar estos minutos del tiempo de todos ustedes para compartir unas pocas ideas en torno a algunos aspectos que, en mi

opinión, no siempre se consideran al analizar las complejas funciones de la universidad en el mundo actual. Voy a hablar de cuestiones sencillas: el alumno, el maestro, la enseñanza que los une.

Desde los comienzos de su existencia, las misiones trascendentes de la universidad han sido las de ilustrar, promover y defender la autonomía de la conciencia, desarrollar la habilidad de problematizar, afirmar la primacía de la verdad sobre la utilidad. A lo largo de su historia milenaria, las universidades han cambiado para adaptarse al escenario que las rodeaba. Sin embargo, siempre han conservado el núcleo básico que las estructura y que ha permanecido invariable a través del tiempo. Es ese núcleo el que explica su vitalidad y persistencia, el que las justifica y les confiere sentido. Fue admirablemente resumido a mediados del siglo XIII por Alfonso el Sabio cuando en “Las Siete Partidas” caracterizaba a los estudios generales, equivalentes a la actual universidad, como el “ayuntamiento de maestros et de escolares que es fecho en algun lugar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes.”

Tal vez sea ese hilo conductor del destino universitario al que debemos regresar para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo. Hoy nos interrogamos si la universidad es una institución destinada a la formación profesional para satisfacer las demandas de un mercado laboral en transformación; si su objetivo prioritario es la producción de conocimiento de avanzada; si debería seguir cumpliendo la función de introducir a la cultura e insertar en problemáticas más amplias a los jóvenes dirigentes; si está en condiciones de influir más directamente en la evolución social.

A mediados de la década de 1970, el neurobiólogo chileno Humberto Maturana fue invitado a responder al interrogante: “¿Es prescindible la universidad?” Siempre me ha impresionado lo que dijo entonces:

“Un país puede existir sin universidad y ser entonces en el conjunto de las naciones, como un pueblo chico, una provincia sin más autonomía cultural que su riqueza rural abierta al turismo y a la admiración que la candidez de su gente despierte en el visitante ávido por lo distinto y exótico. Sus grandes hombres y mujeres serán seres pequeños, celosos de su estatura, perseguidores de otros de más vuelo que ellos, forzándolos al conformismo o a la emigración.

“Sí, un país puede existir sin universidad, nutriéndose del desborde cultural de otras naciones que le entregan su visión del mundo y, por lo tanto, también una tecnología apropiada a esa visión del mundo. Tal vez en esa forma un pueblo pueda ser feliz, modesto pero valiente, simple pero honrado, gozando de la generosa visita de algunos sabios que quieren la vida sencilla y remota. La universidad es prescindible, la nación no se desintegra, sólo se subordina a un curso cultural que tiene su centro fuera de su ella; es decir, se vuelve provincia...

“Ya casi somos provincia, y a veces pienso que la vuelta a la cómoda modorra cultural de la colonia tal vez sea deseable. ¿Por qué no?”

Ese párrafo encierra una de las claves para responder a los interrogantes acerca del destino de la universidad: para ser tal esta debería fijarse como objetivo central entregar, a quienes pasan por ella, una visión del mundo o al menos los elementos intelectuales como para construirla. Esa ambiciosa aspiración, que la universidad no

siempre se plantea, debería constituir nada menos que su brújula. Ella debería orientar la actividad universitaria.

Posiblemente el núcleo de la discusión acerca de la función social de la universidad consista en determinar si la institución debe adaptarse a la sociedad o si ésta debe hacerlo a la universidad. Parecen contraponerse dos concepciones que, en realidad, se articulan, complementándose. De lo que se trata no es sólo de modernizar la cultura, sino también de culturizar la modernidad. Es que la universidad tiene la función irrenunciable de cultivar y proponer hacia afuera ciertos valores que le son propios. Su misión hoy es civilizar el nuevo milenio.

Hace casi medio siglo, el rector Risieri Frondizi expresaba a este respecto: “La universidad latinoamericana es estéril porque no ha logrado aún el maridaje de la ciencia y la técnica con las necesidades del país. No solo la institución es estéril, sino que sus profesores, salvo escasas excepciones, no engendran hijos – discípulos – capaces de mantener la continuidad del saber, sino profesionales sin conciencia ni responsabilidad social, apresurados por lograr los réditos del esfuerzo realizado en la etapa estudiantil.”

En su esencia, la universidad es una institución de “ideas”: una creación europea que surgió como expresión formal de la convicción acerca de la primacía de la idea, del poder transformador, revolucionario, que tienen las ideas. Es, por lo tanto, la concreción del poder institucionalizado de la idea. Frente al poder político y al religioso, la universidad surge como el espacio autónomo de la idea. Por eso, al perderse la trascendencia social de las ideas, la universidad comienza a decaer como espacio que las representa. Como vivimos en un mundo que es cada día más de cosas que de ideas, posiblemente una de las funciones de la universidad que justifique su existencia sea el seguir constituyendo el reinado de las ideas, el ámbito en el que se aprende a respetarlas.

La amenaza externa a la universidad está representada hoy por el impulso a cosificarse, la tentación de convertirse en parte del mundo de las cosas, renunciando a su misión de cultivar el pensamiento que funda la praxis. Signos de ese peligro son las características actuales de la formación, la especialización precoz, el desinterés por todo aquello que no sea considerado económicamente útil. Nos asedian los valores que prevalecen en el conjunto social. Enfrentamos el grave peligro de mimetizarnos con ellos.

Contribuiría a evitarlo el no perder de vista nuestra responsabilidad volviendo la mirada a la misión originaria de la universidad: proporcionar a las nuevas generaciones una brújula, una visión del mundo. Aunque resulta evidente que la universidad también cumple la función de entrenar a las personas para hacer cosas concretas, debería privilegiar el dotarlas de esa visión. Eso se logra en el campo de las ideas, que es también concreto, convirtiendo a la institución en un espacio en el que se priorice la discusión, en un ámbito que acepte su manifiesto destino contracultural. Cuando querramos identificar las palancas del cambio social sobre las que puede operar la universidad, no deberemos mirar muy lejos. Bastará con volvernos hacia las aulas. El escenario de ese cambio posible está allí, es la mente de nuestros jóvenes.

Es a ellos a quienes deberemos proporcionar las herramientas intelectuales que les permitan trascender el mundo de inmediatez en el que vivimos. Nos movemos entre acontecimientos y cosas sin ser capaces de insertarlos en un contexto que les de significado. Si alguna contribución original tal vez pueda hacer la universidad al pensamiento contemporáneo es, precisamente, la de brindar ese marco que permita la

generalización así como la comprensión de la globalidad que está presente en todos los problemas que enfrenta hoy el hombre, desde él mismo hasta todo lo que le rodea.

En ese sentido, tal vez la estructura actual de la universidad haga bastante difícil el poder transmitir a nuestros jóvenes esa visión integradora. Recorremos un camino equivocado que, debido a una injustificada y excesiva parcelación del conocimiento, nos conduce a contar con menos personas capaces de articular esa visión general que les permita asociar acontecimientos y realidades distantes. Es esa capacidad de descubrir la argamasa que vincula los hechos inconexos de la realidad lo esencial que debe dar una universidad. Es esa la ventana que hoy no abrimos para nuestros jóvenes.

Sería deseable que se volviera a esta concepción para intentar reencauzar a la universidad. La dinámica del acceso al conocimiento ha tendido a separar cuando resulta imperioso recrear una estrategia de la unión, regresar a la concepción de que el pensamiento es lo que une. De allí que advierta como peligro al excesivo condicionamiento de la universidad a todo lo que es mutable y que sucede en su exterior.

Es por eso que, tal vez, nuestras instituciones de educación superior deberían fijarse como misión la de edificar una estructura conceptual que permita a los jóvenes ver el mundo. Una función conservadora en el sentido de poder transmitir a esos jóvenes esa necesidad de contar con una orientación en ese mundo, independientemente de que la adquieran empleando herramientas modernas. Hoy nos proponemos formar personas para hacer cosas, para desempeñarse, mejor o peor, en el ámbito de lo práctico. Pero los lanzamos a la vida con escasas herramientas para comprender y analizar críticamente su realidad, tan compleja y velozmente cambiante. Con escasa capacidad de identificar sentidos, etapa imprescindible para modificar la realidad.

Deberíamos analizar la posibilidad de que la universidad no sólo deba adaptarse a la sociedad, “responder a la demanda”, como se exige crecientemente, sino que esa realidad preste más atención a lo que se piensa en la universidad. Para ello, como dijimos, es importante que esta continúe siendo el espacio del pensar, donde se privilegien las ideas y su discusión, herramientas esenciales para la evolución social.

Concretar este propósito no es tarea sencilla en esta universidad, atravesada desde su origen por el conflicto que le plantea su misma naturaleza. Testimonio de ese conflicto es la expresión del rector Ricardo Rojas al finalizar su mandato en 1930 cuando decía “Una de las ideas centrales de la presente evolución universitaria es la de integrar el móvil egoísta, utilitario y técnico de las profesiones por el altruista, desinteresado y filosófico de la cultura. Para ello es necesario afianzar la supremacía institucional del Consejo Superior y del rector y adaptar la función universitaria a las necesidades sociales de nuestra época y de nuestro país.”

Ya en 1914 el mismo Rojas había dicho sobre nuestra universidad que “en Buenos Aires hay facultades pero no universidad en el sentido científico de la palabra. Asimismo, se nota que las tendencias utilitarias inherentes a todo profesionalismo, han obstaculizado en dichas escuelas el ideal de la especulación desinteresada, viniendo cada facultad a convertirse en una oficina más o menos escrupulosa para la expedición de sus diplomas... Bien está que entreguemos al orden político y a la vida material lo que ellos nos imponen para subsistir, pero no debemos limitar a tales fenómenos la visión de nuestra inteligencia.” Ese es el conflicto básico que viene del fondo de nuestra historia institucional y que es un desafío aún vigente.

Hoy estamos en deuda con nuestra gente joven porque les brindamos un panorama excesivamente limitado de la realidad, tal vez no de la concreta, pero si de la realidad histórica y cultural del hombre. Les estamos privando del capital que ha acumulado la humanidad a lo largo de su historia al embarcarlos en una formación excesivamente unidimensional como la que caracteriza a las distintas disciplinas. Además, lo hacemos con quienes se ven obligados a tomar una decisión vocacional a edades muy tempranas y desprovistos de los elementos para hacerlo.

En síntesis, creo que aunque el problema de la relación de la universidad con la sociedad sea sumamente complejo, hay que resistirse a las tendencias que ganan hoy espacio impulsadas con vigor por los determinantes económicos del mercado. Es preciso resistirse a la idea de que la universidad tiene que ser una parte más de ese mercado y que su único destino es aceptar dócilmente sus valores. No sólo estrecharemos la concepción que del mundo se forman los jóvenes sino que nos quedaremos sin ámbito para analizar críticamente la situación de ese mundo. Si los jóvenes no adquieren experiencia en el análisis crítico, en la percepción de lo que hoy sucede - experiencia que parecería poder dar sólo una universidad que sea tal y no la suerte de academia profesional en que se está convirtiendo entre nosotros - corremos el riesgo de perder nuestras reservas de capacidad y calidad humanas, esenciales para el análisis crítico de la realidad.

Ante la presión de tanto modelo presentado como novedoso, como inevitable, tal vez hoy resuenen más que nunca, las palabras de don Simón Rodríguez, el mentor de Bolívar, cuando dijo: “¡O inventamos o erramos! – y agregaba – Ya que tratan de imitar todo, ¡imiten la originalidad! ¿Dónde iremos a buscar modelos? Somos independientes, pero no libres; dueños del suelo, pero no de nosotros mismos.”

Por eso, cometeríamos un grave error si, como resultado de esas influencias, termináramos por transformar nuestras instituciones de educación superior en espejo de lo que reclama el mercado, dedicadas a formar sin discutir lo que buscan las empresas o quién utilizará el servicio de la universidad.

Tal vez una de las características que mejor define la situación de la universidad actual sea esta acelerada incorporación a la lógica empresarial y comercial que hoy domina todas las esferas del quehacer humano. Se instala con fuerza avasalladora la concepción que, para justificar su existencia, resulta imprescindible que la universidad exhiba resultados mensurables y comercializables. De allí que se apliquen a la institución y a sus “productos”, los mismos criterios con los que se juzga la productividad y la eficiencia de las empresas que comercializan bienes, en este caso la educación.

Esta lógica empresarial ha conquistado de manera acelerada un territorio que, hasta no hace mucho, estaba ligado a valores culturales y académicos y no a los puramente materiales y comerciales. Parecería que no se advierte que resulta imposible aplicar la lógica de las empresas a un “producto” tan difícil de definir como “un estudiante educado” o un “conocimiento significativo”.

En líneas generales, predomina una actitud que impulsa a las universidades a “rediseñar sus productos, presentarlos y venderlos” de acuerdo con las prioridades cambiantes de los consumidores. Como dice Hanna Holborn Gray, presidente emérita de la Universidad de Chicago, “se está subvirtiendo la convicción de que las universidades

existen para crear y mantener con vida ideas que pueden no estar de moda y que tal vez nunca lleguen a ser populares, logrando mediante la educación, que otras personas comprendan cómo y por qué se trata de visiones importantes”.

La concepción de lo que debe ser una universidad no podría haber sido mejor expresada. Hoy se justifica culposamente a la educación como un instrumento útil para lograr otros fines: es buena para los negocios o para las carreras profesionales. Rara vez alguien dice que es buena para la persona. Esa mujer, ese hombre, son los encargados de transformar la realidad. No deberíamos perder de vista que estamos formando personas que, sin duda, además deben ser empleables.

Este desinterés por lo humano de la tarea del educar, explica que las universidades estén cambiando hasta volverse irreconocibles. Solo si conseguimos volver a la idea de que la educación pertenece a la esfera del ser y no a la del tener, podremos revertir la tendencia actual que busca convertir a la educación superior en un sector más del mercado de bienes y servicios. Es evidente que, de continuar evolucionando en esta dirección, a las instituciones que conocíamos como universidades, de tales solo les quedará el nombre. No está lejano el día en el que las universidades dejen de cultivar e inculcar los estándares morales e intelectuales necesarios para mantener la cohesión de nuestra sociedad así como las aptitudes imprescindibles para la creación de conocimiento y la transformación de la realidad. Para ser dueños de nosotros mismos, como quería Simón Rodríguez. Y también de nuestro futuro porque, como decía Whitehead, “la tarea de la universidad es la creación de futuro.”

Para conseguirlo, no deberíamos abandonar nuestro objetivo de constituirnos en el ámbito de exposición de personas a otras personas pensando. Lo decía John Henry Newman: “Una universidad consiste, y siempre ha consistido, en la demanda y la oferta de algo que solo ella puede satisfacer: la comunicación del conocimiento pero, sobre todo, el establecimiento de relaciones y lazos entre el maestro y quien aprende. Su principio constitutivo es esta atracción moral entre una y otra clase de personas”.

Porque el objetivo central de una universidad que pretende ser importante es que sus alumnos entren en contacto directo con personas excepcionales. Que las vean, las escuchen, las sientan pensar. Se trata de una cuestión de proximidad, de la vista y del oído. Como afirma George Steiner, “el académico, el profesor significativo debe ser fácilmente visible. El alumno debe poder cruzarlo varias veces en su camino diario”. La consecuencia, como en la polis de Pericles, la Bolonia medieval o Tübingen del siglo XIX es lo que Steiner llama “la contaminación acumulativa”. Esa contigüidad es la que hace que el estudiante o el joven investigador puedan llegar a ser irremisiblemente infectados. Que adquieran así el aroma de la cosa real. Los pensadores, los eruditos, los matemáticos, los científicos teóricos o los de la naturaleza, son seres poseídos. Es en la masa crítica de una comunidad académica exitosa donde se entrecruzan las órbitas de todas esas extrañas obsesiones individuales. Es en el campo que generan esas mentes donde el joven queda atrapado por la singular fascinación del pensar.

Una vez que los jóvenes han sido contaminados por el virus de lo absoluto, una vez que han visto, oído, hasta olido la fiebre y el fervor de aquellos que buscan desinteresadamente la verdad, persistirá en ellos algo de ese resplandor singular. Por el resto de sus vidas o de sus carreras, en la mayor parte de los casos rutinarias y poco distinguidas, llevarán dentro de sí alguna defensa contra el vacío interior.

Hay que reconocer que, luego de revisar la experiencia universitaria individual, hemos asistido pocas veces a ese espectáculo del pensamiento, que es el justificativo central del tránsito por las aulas. Esa es la experiencia única, original. La que no puede ser reemplazada por las computadoras o por las redes de información. Estas jamás sustituirán la emoción que causa ver a la gente pensar delante de uno.

Por eso, es lo que hacen los maestros, lo que ha preservado la universidad durante tantos años y debería seguir haciéndolo en el futuro, donde reside una de las pocas esperanzas de la humanidad. Una de las últimas reservas de civilización.

La escritora mexicana Angeles Mastretta tiene un bello párrafo sobre la universidad. Dice así:

"La bendita universidad dio para todo. Dio para entender el amor y la barbarie, para una sorpresa tras otra, para descuartizar la fe de un monje y concebir la de un pagano. Dio para crear villanos y para reconstruir héroes y dio, y es de esperar que siga dando, gente empeñada en pensar la verdad como una mezcla de verdades, el acuerdo como una consecuencia del respeto, la tolerancia como una virtud, la duda como la más ardua y sensata de las virtudes.

"Hemos de desear que la vida guarde a tan generosa universidad porque dio para cumplir los sueños que nunca soñamos y para sembrar los que aún no cumplimos".

La universidad como ligada a los sueños de la gente. Una visión de inocultables consecuencias políticas porque está vinculada a la imprescindible construcción de utopías en un mundo que se empeña por convencernos de que es preciso desecharlas. "Si no hay ilusiones, sufre la realidad", dice el poeta. Es que los artistas resumen vivencialmente la idea de la universidad como experiencia esencialmente humana. Es la valorización de ese tránsito vital la que marca a las personas de por vida, no la super especialización o la última herramienta computacional. Lo que deja una buena universidad es la reverencia ante el conocimiento, el respeto a quienes piensan y crean, hoy tan ausente en nuestra sociedad que desconoce el peligro suicida que esta actitud entraña. Lo ha expresado muy bien el escritor Luis Britto García cuando dijo: "El lugar que una sociedad asigna a sus universidades coincide misteriosamente con el que esa sociedad ocupa en el mundo." Nuestros jóvenes merecen que hagamos cualquier esfuerzo para preservar y transmitirles esa visión singular y privilegiada de las posibilidades de lo humano. A ellos, que son sus genuinos herederos.

Para terminar quiero agradecer a los miembros de la Asamblea Universitaria por haber confiado en mí para representar a esta institución casi bicentenaria, orgullo de la cultura argentina y latinoamericana. Esta dignidad, la máxima a la que puede aspirar quien, como yo, ha sido alumno, docente e investigador en esta casa en la que he desarrollado toda mi vida adulta, es al mismo tiempo un compromiso con lo mejor de esa historia. Para comprender la dimensión que para la Argentina siempre ha tenido nuestra universidad, basta recordar a Nicolás Avellaneda cuando al asumir este mismo rectorado en 1881, poco después de dejar la presidencia de la República, dijera: "He sido ascendido a rector de la Universidad de Buenos Aires." Las conversaciones que he mantenido antes y después de mi elección tanto con los decanos que representan a las facultades que integran la universidad, como con sus profesores, graduados y estudiantes, me han convencido de que, a pesar de la inusitada gravedad de las circunstancias que

deberemos enfrentar, lo haremos con una institución cohesionada detrás de los principios que con tanto acierto expresa el Estatuto que rige su destino.

Quiero terminar rindiendo un homenaje a quienes me ayudaron a desarrollar mi carrera docente y científica en esta universidad a la que ingresé hace 42 años, único ámbito en el que trabajé, con el apoyo de instituciones señeras de la ciencia argentina como el “Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.” A los docentes que, a veces queriendo y a veces sin proponérselo, se me mostraron pensando. A mis compañeros que, como estudiante me ayudaron a crecer, a mis colegas y a los no docentes, miembros de esta gran familia universitaria, que me acompañaron a lo largo de este camino signado por tantos sinsabores pero en el que también recogí tantas satisfacciones.

Ha dicho Ortega y Gasset: “Nosotros somos lo que en los sueños de nuestros padres y maestros se movía oscuramente: los padres sueñan a los hijos y un siglo al que le sucede. Por eso Shakespeare – que veía ‘no lo que el vulgo viola con sus ojos / sino la sombra vaga, inmensa de las cosas’ – dijo que estamos tejidos de la misma urdimbre que nuestros sueños”. Es esta, pues, una circunstancia apropiada para agradecer a quienes soñaron lo que soy. Sobre todo a mis padres y a mis maestros, porque no soy sino sus sueños. Fueron tantos quienes me respetaron tanto como para incorporarme a sus sueños, sabiéndolo o no, que escapan a la enumeración.

Resumo mi homenaje en la figura de nuestro “maestro” en la investigación: Eduardo de Robertis, uno de los grandes de esta casa. A propósito de él dijo quien fuera también su discípulo, el destacado biólogo David Sabatini: “Se rebelaba ante la idea de que la calidad o la significación de la investigación realizada en América Latina pudiera verse comprometida por las limitaciones del ambiente. Era serio y valoraba la disciplina, pero también era sensible ante quienes demostraban en el laboratorio su compromiso con la ciencia. Transmitió a sus estudiantes grandes ambiciones.” Es cierto, teníamos entonces grandes ambiciones. Debemos buscarlas, encontrarlas y recogerlas de entre los escombros, porque allí siguen estando.

Gracias, pues, a todos los maestros – los primeros mis padres – que me consideraron con derecho a recibir la herencia que estaba ahí, esperándome, y que dedicaron su tiempo a ponerme en posesión de ella. Porque es esa la tarea esencial de quien enseña: el respetar tanto al otro como para creer que le asiste el derecho a usufructuar la herencia de la prodigiosa creación humana y que ya está allí cuando las nuevas generaciones llegan al mundo.

Es esencial que en momentos difíciles para el país, se regrese a la trascendente valoración del maestro y del investigador, de quien crea y enseña la ciencia, la técnica. Pero sobre todo, de quien brinda su ejemplo, su arte de ser humano. No son las máquinas las que enseñan, son y seguirán siendo las personas. Es a ellas a quienes seguiremos recordando. Nos seguiremos identificamos con quienes han cumplido con el ideal del maestro que resumía Ortega y Gasset: “Enseñar es primaria y fundamentalmente enseñar la necesidad de una ciencia y no enseñar la ciencia cuya necesidad sea imposible hacer sentir al estudiante”. Hacer sentir la necesidad del conocimiento. Esa es la tarea del maestro.

Al contemplar un bosque dice también Ortega – a quien retorno como homenaje a mi padre, cuidadoso lector de su obra - : “...Es un bosque magistral, viejo, como deben ser

los maestros, sereno y múltiple. Además, practica la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda. Quienquiera enseñarnos una verdad, no nos la diga: simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad. Las verdades, una vez sabidas, adquieren una costra utilitaria; no nos interesan ya como verdades, sino como recetas útiles. Esa pura iluminación subitánea que caracteriza a la verdad, tiénela esta solo en el instante de su descubrimiento. Por esto su nombre griego, *aletheia*, significa, descubrimiento, revelación. Más precisamente, desvelación, quitar de un velo o cubridor. Quien quiera enseñarnos una verdad, que nos sitúe de modo que la descubramos nosotros”.

Por eso, la mejor justificación de mi actividad docente sea pensar que, tal vez, yo haya logrado dibujar alguna vez en el aire ese breve gesto, como antes otros lo hicieron para mí. Que haya podido descender ese velo para alguien, que haya conseguido acompañarlo del otro lado del espejo, del lado de la cualidad humana por excelencia: del lado del conocimiento del mundo y, sobre todo, de uno mismo.

Gracias, pues, a los estudiantes que me han proporcionado ese placer particular que todo profesor conoce, enseñe donde enseñe, en la escuela primaria o en la universidad. Se trata del placer imprevisto, fugitivo e intenso de haber visto a los alumnos comprender, pasar del otro lado del espejo: del lado del conocimiento. Gracias a tantas generaciones de estudiantes que, sin saberlo, me proporcionaron ese placer, igual al gozo que experimenta uno mismo al comprender. Su milagrosa reiteración es lo que nos permite soportar las desventuras que nos acosan.

En este momento tan significativo para mí, permítanme concluir con un homenaje a mis padres. Mi padre es el paradigma del hijo de la familia inmigrante, elevada por la frecuentación de la cultura y de esta generosa Universidad de Buenos Aires en la que se graduó de médico hace casi setenta años. Es esta, su historia de ascenso social, la que sella mi compromiso para trabajar por los mismos ideales universitarios que fueron los suyos y los de su generación. Y un recuerdo también a mi madre, maestra en el aula y en la vida, que tanto me apoyó y a quien muchos de ustedes que hoy tan generosamente me acompañan, conocieron y trataron. Solo me resta disculparme ante ellos y ante mis maestros, por no haber cumplido su sueño de verme culminar mi vida dedicado a la actividad científica. Me queda el consuelo de saber que hay muchas maneras alternativas de servir.